

Nº 7

Informe de A. Razumovski, ministro ruso en Estocolmo, al conde A. Bezborodko

Sr. Conde:

Aprovecho la partida del príncipe Golitsin para tener el honor de escribir a Su Excelencia, ante todo contestar las cartas que me ha remitido Ud. por medio del conde de Miranda. Este viajero, después de una travesía muy exitosa, vino aquí a los cuatro días de su partida. Se presentó primero mi casa con las dos cartas que Su Excelencia le había encomendado: una circular en francés, otra escrita por su mano en ruso. Ambas son un testimonio de la particular benevolencia con que Su Majestad Imperial honra al Sr. de Miranda; le dan los derechos más positivos a todos los servicios que dependerán de mí durante su permanencia en este país. Hablándole de esta manera le pregunté cómo quería estar ahí, si deseaba ser presentado o pasar de incógnito. Escogió, esto último, narrándome desagrados que le había causado la legación de España en Petersburgo y no queriendo exponerse a nada parecido aquí, apoyándose incluso en este aspecto en los consejos que me dijo haber recibido de Su Excelencia al partir.

Le ofrecí mi casa y para explicar al público la acogida que me disponía darle, convinimos en decir que él venía de Rusia, donde había pasado varios años, después de haber estado en Crimea y en Ucrania cuando viajó allá S.M.I.; que había conocido a mis padres y a mis amigos, los cuales me lo recomendaron efusivamente y que en virtud de dicha recomendación yo consideraba que debía ofrecerle todas las atenciones dentro de mis posibilidades. Que además era un viajero cuyo objetivo consistía únicamente en ver e instruirse; que respetaba estrictamente dicho objetivo y que, para no ser distraído, ya que se podía quedar aquí sólo pocos días, había resuelto no aparecer ni en la corte ni en la sociedad, sino dedicar todo su tiempo a los objetos de su curiosidad. Su Excelencia me prescribe alojar al Sr. de Miranda en mi casa, y al mismo tiempo me solicita que ponga a su disposición a alguien de mi cancillería para que lo acompañe en sus excursiones. Yo asigné al asesor Vukasóvich, por ser el más apropiado para esa tarea. A los dos días de su llegada fueron juntos a ver las minas y durante una ausencia de diez días llegaron hasta Falhun en Dalécarlie. En ese intervalo contestaba o hacía contestar a las preguntas sobre él tal y como lo habíamos convenido. De regreso a Estocolmo, dirigiendo siempre su ardiente curiosidad sobre todos los objetos, el Sr. de Miranda quiso ver sin falta Drotningholm, el castillo, los jardines, los espectáculos, la corte, siempre de incógnito. Escogieron un día domingo para ir. A fin de que ese paseo causara la menor sensación posible, le pedí a Vukasóvich que se dirigiera a una persona que éste conocía, la cual se encargó de mostrarle todo. El guía cumplió exactamente con todo lo que se exigió, y todo transcurrió lo mejor posible.

Pero cuando estaban en la biblioteca del rey, que supuestamente ya se encontraba en el espectáculo, este soberano apareció de pronto, se detuvo un instante, manifestó cierta sorpresa y se retiró enseguida, enviando inmediatamente a uno de sus pajes que le dijera muy educadamente al extranjero que el rey había ordenado que viera a sus anchas todo lo que se acostumbraba mostrar a los viajeros. Un poco más tarde vino el barón de Cederström, que vio al Sr. de Miranda en la corte de Rusia; lo reconoció, se dirigió a él, se mostró sorprendido de verlo en Suecia. Este contestó que estaba ahí desde hacía unos días, que me había traído recomendaciones, explicándole los motivos de su incógnito como lo habíamos acordado, agregando sin embargo algunas palabras sobre las transacciones de Petersburgo respecto al encargado de negocios de España, ya que el Sr. Cederström se encontraba allá en esa época, y le dijo que había tomado esa decisión para no perder tiempo en enredos inútiles, lamentando solamente de verse privado por esa razón de la felicidad de presentarse a Su Majestad sueca.

Esta es, señor conde, la situación respecto a este viajero. Ahora es conocido; aún no sé qué comentarios han sido hechos como consecuencia de todo esto en la corte y donde los ministros de España y de Francia. Ignoro si el rey y dichos ministros se enteraron con anterioridad de lo que ocurrió con el Sr. de Miranda en Rusia. Tengo todas las razones para creer que antes de que fuera reconocido en Drotningholm nadie sospechaba que estuviera aquí. Para sacar cualquier aire de misterio a su aparición, tengo la intención de hablarle yo mismo de él al rey, más o menos en los mismos términos en que él se explicó frente a Cederström y que sin duda ya han llegado a oídos del rey.

El Sr. de Miranda se presentó aquí como un hombre curioso y celoso de su tiempo, no queriendo perderlo ni en enredos ni en ceremonias; es partiendo de este razonamiento que hablaré de él si luego se hace necesario. Se conoce la forma distinguida con que S.M.I. se dignó acogerlo en su corte; se ven los efectos de la protección con que ella lo honra; no tiene mejor manera de justificarlo que manteniendo en su conducta esa noble sabiduría que demostró aquí y que debe atraerle la estima de la gente sensata y la consideración pública. No puedo terminar este artículo sin agregar que en mis conversaciones con el Sr. de Miranda lo encontré lleno de veneración hacia nuestra augusta soberana, de reconocimiento hacia las bondades que recibió de ella, y del entusiasmo más grande hacia los puntos de vista amplios y profundos de S.M.I. Adjunto una carta que me confió para que sea remitida a Su Excelencia. Entre las que tiene para los ministros de Rusia en casi toda Europa, no hay ninguna para Hamburgo porque, me dijo, esa ciudad no entraba para nada en sus planes de viaje. Deseando ahora sin embargo pasar por ahí después de haber dejado Copenhague, me rogó que le diera una para el Sr. Gross, lo que no creo deber rechazarle. Tiene la intención de irse dentro de cuatro-cinco días; lo dotaré de un pasaporte de correo y de la suma prescrita por Su Excelencia; tendré probablemente que agregar algunos gastos ocasionados por el viaje hecho a las minas.

Después del largo informe que acabo de hacer a Su Excelencia, no abusaré de su tiempo hablándole de los asuntos de este país. En este momento no merecen su

atención y no permiten agregar nada a las transacciones que envié sucesivamente en mis despachos.

Permítame, señor conde, qué, penetrado por el interés que deben inspirar los acontecimientos importantes en el desarrollo de los cuales participamos, le ofrezca aquí mis deseos ardientes de que los éxitos más seguidos de nuestras armas coronen la gloria de nuestra inmortal soberana y la felicidad de los pueblos que le están sometidos.

Asegurándole el apego tan respetuoso como invariable con el que tengo el honor de ser, señor conde, de Su Excelencia el muy humilde y obediente servidor.

Con. A. de Razumovski

Estocolmo
29 de septiembre
(10 de octubre) de 1787

*APER, f. Relaciones
de Rusia con Suecia, in.
96/6, exp. 751, h. 65 - 67 dor.
Original (autógrafo),
idioma francés*